

amais á vosotros mismos, del mismo modo que vosotros os amais, teniendo con él las mismas consideraciones que quereis que se tengan con vosotros, y tratándole en todo como querriais que se os tratase á vosotros. Y así como el amor que os teneis á vosotros mismos no es un amor superficial ni de cumplimiento, sino un amor real y eficaz que os hace sensibles á vuestros males, que os inclina á tomar todos los medios para aliviarlos; así tambien el amor que debéis tener á vuestro prójimo debe hacerlos sensibles á todos sus males, moveros á procurarles todos los socorros que pudiéreis, á asistirle, á consolarle y á tomar parte en todas sus penas. *Todo lo que los libros santos nos mandan ó nos prohiben, dice san Agustin, todo se reduce á este doble mandamiento; esto es el compendio y el resumen de toda la ley.*

El doctor confesó ingenuamente que no se podía decir nada mejor, que no habia efectivamente mas que un solo Dios, y que era verdad que el amar á Dios y al prójimo del modo que habia dicho, era una cosa mas perfecta que el ofrecer holocaustos y sacrificios al Señor; y que cuando se ama á Dios tan perfectamente no puede menos de observarse con exactitud toda la ley y todas las ceremonias legales. Mas como el divino Maestro queria acabar de instruir á muchas otras gentes que, convencidas de lo que decia, no se atrevian á preguntarle mas, les previno, y él mismo les preguntó, dirigiéndose á una tropa de fariseos que estaban allí reunidos: ¿Qué os parece, les dijo, del Mesías? ¿de quién pensais que debe ser hijo? Respondiéronle que debia ser de la estirpe de David. Los judios no veian cosa mas grande en el Mesías que la cualidad de hijo de David, la cual en efecto le con-

viene por razon de su humanidad. Esto es lo que dicen vuestros doctores, repuso el Hijo de Dios, y dicen bien; pero no lo dicen todo: porque si el Mesías no es mas que simplemente hijo de David, ¿cómo el mismo David le llama mi Señor? ¿Porqué hablando como profeta, dice en sus salmos: El Señor ha dicho á mi Señor, siéntate á mi derecha hasta que haga á tus enemigos el escabel de tus piés? esto es, siéntate á mi derecha, y allí verás postrados á tus piés todos tus enemigos. Si, pues, David, continúa el Salvador, llama al Mesías su Señor, ¿cómo es hijo de David? Claro es que Jesucristo queria hacerles ver que llamándole David su Señor, habia tambien indicado su naturaleza divina, segun la cual es Hijo de Dios y Dios mismo, y que siendo hijo de David, es tambien hijo de Dios. Ninguno pudo responderle, y desde aquel dia nadie se atrevió á preguntarle mas.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Conceded, Señor, á vuestro pueblo que evitando el contagio del mundo y del diablo, se una con un corazon puro á vos solo que sois su Dios. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epistola es sacada de la de san Pablo á los Efesinos, cap. 4.

Hermanos míos: Yo os ruego, yo que estoy preso por el Señor, que observeis una conducta digna de vuestra vocacion, siendo perfectamente humildes, dulces, pacientes; sufriendoos los unos á los otros con caridad, cuidando de mantener vuestros ánimos unidos por el vínculo de la paz. Sed un mismo cuerpo y un mismo espíritu, así como habeis sido llamados á una misma esperanza, segun vuestra vocacion. No hay mas que un Dios y un Padre que es sobre todos, y en todas las cosas, y en todos nosotros; el cual es bendito en los siglos de los siglos. Amen.

NOTA.

Los Efesinos, antes de su conversion á la fe de Jesucristo, vivian abandonados á sus pasiones, y divididos entre sí por eternas disensiones. San Pablo les exhorta mucho en esta epístola á la mortificacion de las pasiones, á la union y á la caridad fraterna.

REFLEXIONES.

No hay mas que una fe. Nosotros creemos lo que creian los primeros cristianos; creemos lo que han creido los santos, y lo que han creido los ha hecho santos. Nuestra religion no se ha alterado ni en el dogma, ni en la doctrina, ni en la moral. La fe es la misma, el mismo el objeto de la fe, las mismas verdades de la fe, los mismos misterios. La fe no envejece, no está sujeta ni á la vicisitud de las cosas humanas, ni á las revoluciones, ni á las mudanzas. Todo se altera en la sucesion de los tiempos, todo se debilita. Las monarquías nacen, tienen su apogeo, y se ve en seguida su declinacion. Todas las cosas tienen sus edades, y todo camina á su fin. Solo la fe de la Iglesia es invariable. Los pueblos pueden perder la fe; pero la fe nunca pierde nada por el desarreglo y la apostasía de los pueblos. Las costumbres pueden corromperse; pero la fe de la Iglesia es inalterable. Ella ha visto nacer y morir todas las herejías y todas las sectas. Los astros mas brillantes del mundo cristiano pueden eclipsarse; las mayores lumbreras de la Iglesia pueden extinguirse: las luces, empero, de la fe son siempre puras. Las tinieblas del error ofuscan la claridad del entendimiento; mas con respecto á la fe, no

son, á lo mas, sino como las nieblas y las nubes mas espesas con respecto al sol, no pueden empañar su resplandor. La noche no es mas que para aquellos que han perdido de vista este hermoso astro; y si en él aparecen alguna vez manchas, estas no están mas que en los ojos, y jamás en el sol. La fe es una, y no puede haber nunca mas que una fe, así como no hay mas que un solo Dios, un solo soberano Señor, un bautismo. ¡Qué desgracia para todos los herejes! Solo en la Iglesia católica, apostólica, romana, es en donde reside esta fe. Para perder la fe no es necesario no creer nada; basta errar en un solo punto en materia de fe para no tener esta fe, la que, no siendo mas que una é indivisible, no puede sufrir ni duda, ni perplejidad, ni excepcion. Esta fe es la que desde el tiempo de los apóstoles ha hecho que se despojen de sus bienes tantos fieles, y ha prohibido el apego á los bienes de la tierra á todos los cristianos. Esta fe es la que ha declarado una guerra eterna á todos los sentidos, y la que ha vencido al mundo. Ella es la que ha hecho tan generosos á tantos millones de mártires, y la que ha poblado los desiertos y los claustros de tantos penitentes fervorosos. Esta fe es la que aun da todos los dias tantos santos á la Iglesia. La fe no es mas que una, y esta fe invariable; ¿es acaso esta la fe de las gentes del mundo, de esas personas tan flojas en el servicio de Dios, de esas personas cuyas costumbres, cuyos sentimientos, cuya conducta corresponden tan poco á la santidad y á las máximas del Evangelio? Esas gentes tan poco devotas, tan poco fervorosas, tan poco religiosas, que llevan una vida tan poco inocente, tan poco cristiana, ¿tienen esta fe?

El evangelio de la misa es lo que sigue del de san Mateo, capitulo 22.

En aquel tiempo : Se reunieron los fariseos cerca de Jesus; y uno de ellos, que era doctor de la ley, le preguntó con el designio de sorprenderle : Maestro, le dijo, ¿cuál es el mandamiento grande en la ley? Dijole Jesus : Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento; este es el mas grande y el primer mandamiento. Mas hay el segundo semejante á este : Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Toda la ley y los profetas se reducen á estos dos mandamientos. Como se hallasen allí reunidos los fariseos, les hizo Jesus esta pregunta : ¿Qué pensais de Cristo? ¿de quién es hijo? De David, le dijeron. ¿En qué consiste, pues, les replicó, que David inspirado le llama su Señor, diciendo : El Señor ha dicho á mi Señor : Siéntate á mi diestra hasta que yo haga de tus enemigos el escabel de tus piés? ¿Si, pues, David le llama su Señor, cómo es que es hijo suyo? Y ninguno podia responderle una sola palabra; y desde este dia nadie se atrevió á preguntarle mas.

MEDITACION.

DE LOS DEFECTOS QUE SE HALLAN EN EL AMOR QUE NOS
LISONJAMOS TENER Á DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la mayor parte de los cristianos solo se aman á sí mismos, aun cuando mas se lisonjean de que aman á Dios. Nada hay que sea mas ingenioso para disfrazarse que el amor propio; toma toda suerte de nombres y de máscaras; unas veces es fervor, caridad, justicia; otras es devocion, zelo, y aun se presenta con frecuencia bajo el título tan respetable de amor de Dios. Nunca está el amor propio mas tranquilo que cuando está vestido con estas máscaras; la virtud le sirve siempre de abrigo.

Pero ¿es fácil el engañarnos con él? El amor de Dios tiene un carácter inimitable : es puro, desinteresado, generoso, constante, enemigo de las pasiones, dulce, paciente, mortificado, humilde. Y cuando uno es orgulloso, inmortificado, impaciente; cuando no tiene mas que relámpagos de fervor, caprichos de devocion; cuando no busca mas que sus propios intereses, su satisfaccion, su propia gloria, ¿se ama á Dios?

Hay personas que hacen profesion de amar á Dios, y que jamás están de mas mal humor que cuando le sirven. Desazonados, inquietos, impacientes, hasta coléricos, cuando se lisonjean de amar mas á Dios; los dias de devocion y de fiesta no son para ellos los mas serenos, ni los mas tranquilos. Diríase que los ejercicios de piedad irritan su mal humor; y personas tan imperfectas ¿pueden lisonjearse de que aman á Dios?

Los efectos mas ordinarios del amor de Dios son una dulzura inalterable, una humildad sincera, una paciencia á prueba de todo; las adversidades le excitan, el fuego de la persecucion le abrasa, la mortificacion le nutre. Es un error el pensar que el amor de Dios ignora los deberes de la civilizacion y del decoro; no hay cosa que inspire tanta atencion, caridad y aun cortesía como la verdadera piedad.

Los enfados nacen de un corazón agitado é inquieto : el amor divino tranquiliza el corazón, y derrama sobre él una unción interior que le ablanda, le endulza, hasta hacer al espíritu dócil y flexible. Esta resignacion perfecta á la voluntad de Dios, esta alegría espiritual es el fruto necesario del amor divino : la paz del alma que produce la inocencia, es la

que causa la igualdad de humor, la dulzura inalterable, la generosidad, la magnanimidad de ánimo, la reunion de virtudes en todos los que aman verdaderamente á Dios. Tales son las señales del verdadero amor de Dios. ¿Reconocemos por ellas el nuestro! ¿amamos á Dios con rectitud, con perseverancia, con fidelidad? ¿Dios mio, qué de ilusiones hay en la devocion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en materia de devocion y de amor de Dios se toman muchas veces los conocimientos y las luces del entendimiento por los sentimientos y los ardores del corazon. Conócese cuan amable es Dios, extrañase aun cuan poco amado es, y embelesados con tan justos y pios sentimientos nos imaginamos que le amamos. Muchos se engañan, y algun dia se sorprenderán al ver y conocer que su amor de Dios no ha consistido mas que en la idea; el corazon conserva su dominio independiente del dominio del entendimiento.

Conócese que Dios merece ser amado; confiéscase que es menester ser muy ingrato para no amar á Dios; pero por haber pensado y hablado así ¿se puede decir que se le ama? Nuestro propio corazon nos desmentiria al instante. La caridad es paciente, dice san Pablo (1), está llena de bondad. La caridad es zelosa, no hace nada fuera de tiempo, no se hincha; no es ambiciosa, no busca sus propios intereses; no se irrita; no piensa mal de nadie; no se alegra de la injusticia ni del mal de otro; se alegra sí de aquello que es segun la verdad, y de la prosperidad de sus

(1) II. Cor. 32.

hermanos; es dócil, humilde, graciosa, constante. ¿Reconocemos nuestra devocion y nuestro amor á Dios en este retrato?

Amamos á Dios, decimos, de todo nuestro corazon, porque este es el primero de todos los mandamientos y la base de todos los demás; y no podemos sufrir nada por amor de Dios: amamos á Dios, y no amamos á nuestro prójimo, y le tratamos con aspereza, y no podemos reconciliarnos con nuestros hermanos. Amamos á Dios, y en mil ocasiones violamos sin remordimiento las órdenes de Dios; preferimos nuestras inclinaciones á la voluntad de Dios; sacrificamos los intereses de Dios, nuestra conciencia, nuestra religion, á nuestros propios intereses, á nuestras pasiones, á nuestra gloria. Amamos á Dios: ¿sostendremos esta proposicion en el tribunal de Dios? Si fuese amar á Dios amar los honores, los placeres, amarse á sí mismo, muchos podrian decir que aman á Dios, ¿y no seríamos nosotros de ese número? Consultemos mas bien á nuestras obras, que á nuestros sentimientos y á nuestros conocimientos. Es menester poderle decir á Jesucristo como san Pedro: Vos sabeis que os amo; vos que no podeis engañaros, conoceis que mi corazon está abrasado de un vivo y ardiente amor á vos: es menester que nuestra humildad, nuestra paciencia, nuestra dulzura, nuestra mortificacion, nuestra caridad con el prójimo, nuestro fervor, nuestra perseverancia, puedan decirnos á nosotros que amamos á Dios; cualquiera otro testimonio sobre este punto es sospechoso. Dios mismo apenas entiende otro idioma.

¡Ah Señor! ¿Cuánto tiempo he vivido en el error, lisonjeándome de que os amaba? mis defectos tan

multiplicados y tan groseros hubieran podido abrirme los ojos y descubrirme la ilusion, si ella hubiese sido menos voluntaria; pero pues que os dignais concederme la gracia de que conozca cuan poco os he amado hasta aquí, concededme la de que os ame con todo mi corazon desde este momento.

JACULATORIAS.

¿Quién nos separará jamás del amor de Jesucristo? ¿será la tribulacion, ó la angustia? *Rom. 8.*

Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios, que está fundado en Jesucristo nuestro Señor. *Ibid.*

PROPOSITOS.

1.º El amor de Dios no estuvo jamás ni ocioso, ni flojo; encuentra ejercicio hasta en el reposo. Este fuego sagrado que el Salvador ha venido á traer á la tierra se extingue desde que deja de obrar. Es preciso que caliente, que ilumine, que abrase. Un corazon frio, un entendimiento ciego, una alma sepultada en sus imperfecciones están poco abrasados de este divino amor. Magdalena calla postrada á los piés del Salvador; pero los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, los besa y los frota con el licor oloroso. Es menester que las obras digan que se ama á Dios; cualquiera otra voz se oye poco. El amor divino allana todas las dificultades, ó á lo menos las sobrepaja. Los que niegan á Dios cien pequeños sacrificios que les pide, ¿pueden decir que le aman? Tengamos hoy mismo el consuelo de probarnos á nosotros mis-

mos que amamos á Dios. Veamos qué es lo que nos pide tanto tiempo hace: nuestro director, nuestro propio corazon, nuestra conciencia nos lo dicen bastante: no nos apuremos por hallar una materia de sacrificio. Dios nos pide que le sacrifiquemos aquel pequeño resentimiento, aquella diversion ó placer, aquella pasion al juego, aquella visita poco necesaria, aquel refinamiento en la compostura, etc. Postrados en este momento á los piés de nuestro crucifijo, digamos á Dios que por su amor vamos á ver hoy mismo á aquella persona á quien mirábamos con frialdad; que queremos privarnos de aquella visita, de aquella reunion, de aquel juego; que le hacemos el sacrificio de aquel adorno, y que esto lo hacemos para probarle que le amamos; mañana nos será fácil darle alguna otra prueba.

2.º Las personas que hacen profesion de piedad no deben omitir esta práctica. Si las victimas que tienen que inmolar no son de gran valor, no son por eso de menor mérito, y muchas veces cuesta mas el sacrificarlas. No es, por ejemplo, una reunion mundana, una pasion por el juego, un resentimiento, una gala; pero será un apego á un mueblecillo poco conveniente ó superfluo; una pequeña indiferencia ó frialdad, efecto ordinario de una envidia secreta; será una lijera inmortificacion ó defecto de educacion, una groseria del natural, una desigualdad de humor, una falta de mansedumbre, una delicadeza excesiva. Determinemos hoy cual de estas victimas queremos degollar, y sea hoy este pequeño sacrificio la prueba de nuestro amor á Dios y de nuestro zelo. Un espejo, un adorno del aposento ó de la cama, ciertos muebles demasiado curiosos causarán no poca pena en la

hora de la muerte á personas religiosas, que hubieran podido á poca costa adquirir un mérito para con Dios privándose de ellos durante su vida.

DECIMO OCTAVO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Nada tiene de particular este domingo. El asunto del evangelio que se ha elegido para la misa del día, y que refiere la historia de la curacion del paralítico, á quien el Salvador mandó que llevase su cama para prueba del milagro, le habia dado el nombre del domingo del paralítico que lleva su lecho. Contiene este evangelio una de las pruebas mas convincentes de la divinidad de Jesucristo; todo en él es milagroso, todo es instructivo, hasta las menores circunstancias. La epístola, refiriendo las gracias singulares y espléndidas que Dios habia hecho á los Corintios por Jesucristo, los tesoros espirituales de que les habia colmado, sobre todo por el don de la palabra y de la ciencia, es al mismo tiempo un elogio de aquella iglesia floreciente. El introito de la misa es una oracion que la Iglesia hace á Dios para suplicarle que conceda la paz del corazon y de la conciencia á todos los que le sirven con fervor y con fidelidad, á fin de que gusten la dulzura que se halla en su servicio. La Iglesia para formar esta oracion, por la cual comienza la misa de este día, ha tomado las palabras del capitulo 36 del Eclesiástico.

Conceded, Señor, la paz á los que esperan en Vos, á fin de que vuestros profetas aparezcan verídicos y fieles, y que no parezca que han predicho en vano. Oid las plegarias de vuestro siervo, y las de todo Israel vuestro pueblo. Me he llenado de regocijo cuando se me ha hecho saber que iremos á la casa del Señor. Estas últimas palabras están tomadas del salmo 121. Contiene este salmo los sentimientos del pueblo judío, cuando se vió cerca de salir de la cautividad de Babilonia. Los judíos cautivos en una tierra extraña, no cesaban de pedir á Dios que les proporcionase la vuelta á su país, y suspiraban sin cesar por su libertad. Habiendo sabido que Ciro habia dado un edicto para ponerlos en libertad, y para volverlos á establecer en su querida patria, el primer objeto de su alegría y de sus acciones de gracias es que volverán á ver el templo del Señor. No hay cosa mas bella ni mas laudable que este piadoso sentimiento, el cual demuestra un fondo admirable de religion. Enéñanos el Espiritu Santo por estas figuras cuáles deben ser nuestros afectos por el cielo, nuestra verdadera patria. Compuso David este salmo movido de un espíritu de profecía, previendo la alegría que algun día tendria el pueblo al volver á ver el templo de Jerusalem despues de una cautividad tan larga. Es una expresion del gozo y del contento, dice san Crisóstomo, que causó á los judíos cautivos la feliz noticia de su libertad y de su vuelta á Jerusalem. San Hilario, san Agustin y san Jerónimo aplican á la dicha de ir á la Jerusalem celestial lo que el profeta dice aqui de la terrestre. En efecto, ¿qué alegría no debe causar á un fiel el dulce pensamiento de la eterna bienaventuranza?